

# EL DILUVIO

SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Logroño, un mes, 0'25 céntimos.  
" trimestre, 0'75 "  
" año, 3 pesetas.  
Fuera, trimestre,  
pago adelantado, 1 "  
Anuncios desde 0 25 en adelante

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

PUNTO DE SUSCRIPCIÓN.

En el establecimiento tipográfico  
librería y objetos de escritorio de  
D. Ricardo M. Merino, Portales, 76.

Toda la correspondencia debe diri-  
girse al Director.

Número suelto 10 céntimos.

Número suelto 10 céntimos



¡A cuarto y á dos la carita de Dios!



## DE LA PASIÓN DE CRISTO

**C**AMINA, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. Entre tanto, ánima mía, aparta los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando allá llegares, derribado ante sus pies comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo vivir habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son mis palabras? Dejo á tu unigénito hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado. ¿Qué sentido puedes aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle, las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiene sus ojos oscurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; mas al corazón de la Madre, habla el del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué viniste aquí, paloma mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos me atormentan á mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal, compañía de homicidas y ladrones... Considera, pues, aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras... ¡Oh Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han dolores de muerte; embestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre que estribar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos

te dan grita; los amigos te quiebran el corazón; tu ánima está afligida y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, santísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz... Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí ¡oh buen Jesús! en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con los clavos de hierro y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesús, declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada? ¿Cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿Cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus puros ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grande dolor? Pues ¡oh piadosísima Virgen! ¿por qué, Señora, quisiste acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento pasear en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama; y vos venís á ver al Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz. Ya que determináis vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria, de esce dolor? Remedios, no se lo podéis dar; sino con vuestra presencia acrecentar su tormento: porque sólo esto le faltaba



Huida á Egipto



para acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado bajase sus ojos desmayados y os viese al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no os podía divisar de lejos, os pusisteis tan cerca para que claramente os conociese y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto tan quebrantados, y esos pechos virginales con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles, estas dos figuras si por ventura las conocéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor; oscureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda. ¡Oh cielos que tan serenos fuisteis criados! ¡Oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros oscurecisteis vuestra gloria en esta pena, si vosotros que érades insensibles la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre?

*Fray Luis de Granada.*

## LA SEMANA SANTA

### I

Llega solemne con sus ecos suaves  
mitigando del alma los dolores,  
entre el aroma de las bellas flores  
y el armonioso trino de las aves.

Himnos sublimes con sus notas graves  
elevan en el templo los cantores,  
y vela de las luces sus fulgores  
el incienso que asciende por las naves.

La loca humanidad gime angustiada,  
practicando las máximas piadosas  
ante su Dios, envuelto en el sudario;

Y al adorar su imagen venerada,  
recuerda las escenas pavorosas  
del tremebundo drama del Calvario!

### II

Olvidando las lúbricas pasiones  
que originan los torpes carnavales,  
callan sumisos labios que venales  
entonaron estúpidas canciones.

Llorando los contritos corazones  
maldicen las pasadas bacanales,  
y acuden á los templos inmortales,  
á rezar con fervor sus oraciones.

Sucede el velo á la procaz careta;  
al necio insulto y á la frase odiosa  
la virtud y piedad con sus dulzuras;

Y el alma arrepentida se concreta  
en actitud humilde y religiosa,  
já pedir el perdón de sus locuras!

*Rafael Abellán.*

30 Marzo 98.

## Semana Santa

**L**A humanidad retrocede, se olvida de lo presente y de lo porvenir y vuelve su alma hacia la trágica escena del Calvario, ocurrida hace diez y nueve siglos.

Tan sólo padece esta regla una excepción y es la de los pueblos que se hallan sumidos en la barbarie, es decir, aquellos pueblos que no han recibido ó que quizás resistieron la luz del Evangelio.

Apuntemos el hecho y compadezcamos sobre todo á los que



**FLORENCIA.—Angel del Tabernáculo.**

*(Fresco de Fra Angélico.)*

quieren renunciar á Jesucristo, sin pensar que caerían en la barbarie.

La civilización viene de la Cruz, marcha con ella y en ella ha de terminar.

En medio de las flojedades y tibiezas de la vida diaria, hay dos días señalados en que hasta los indiferentes—dejando con ello de serlo—se sobrecojen de religioso respeto.

Y el testimonio no se muestra de modo particular y aislado, sino que es universal y colectivo; que á un tiempo individuos, familias, naciones y Estados prueban ostensiblemente, de una manera solemne, que son cristianos.





**Entrada á la gruta de los pastores, en Palestina.**

Esos dos días son el Jueves y el Viernes Santo; los que celebra la iglesia como últimos de la pasión y muerte del Justo; aquéllos, en suma, de donde arranca la redención del linaje humano.

Es, más que probable, seguro que, en fuerza de la gravitación moral, la sociedad tenga que volver, una vez al año si quiera, su vista hacia el Calvario.

Necesita cobrar nuevos alientos para continuar su camino; que al fin en la cuna y en el sepulcro no ha de encontrarse amparo más cierto que los brazos amorosos de un Dios que murió por nuestras culpas.

¡Nuestras culpas!... Ellas son las que necesitan purgarse, y no hay otro Jordán que la redención.

Y para ir á ella no hay otro camino que el del dolor y el arrepentimiento.

El corazón humano lo proclama bien alto y la historia lo tiene escrito con hechos bien elocuentes en la vida de los pueblos.

Abatido el orgullo la humanidad puede salvarse; nuestra verdadera dignidad jamás debe estribarse en la soberbia.

*Luis Moreno Maguel.*

## INSTANTÁNEA

### LA COFRADÍA DE MADRUGADA EN SEVILLA

**E**MPIEZA á amanecer, y la aurora en que se tiñen de rosa algunas nubecillas que destacan sobre el azulado del espacio, hacen esperar un día espléndido.

De la grandiosa catedral, en que el arte gótico dejó encajes de piedra y filigranas; atrevimientos de arquitectura que han sido, y serán, la maravilla de los siglos, se abre la puerta principal en la que aparece, así como en sus hojas, el refinamiento del arte y de la belleza; sale, al fin, sobre andas magníficas Nuestra Señora de la Esperanza.

La escultura es obra de un artista florentino; adornan la imagen de la Virgen alhajas de un valor incalculable, y cubre sus hombros un manto tasado en una fortuna fabulosa.

Al pie de las gradas de piedra, los que la

conducen hacen alto; una nube de incienso perfuma el ambiente y envuelve á la Virgen.

Del grupo inmenso del pueblo, que con recogimiento esperaba la salida, se adelantó un hombre joven que, con la cabeza descubierta, parado ante la imagen, entona una saeta con voz potente y llena de ritmo.

El acento andaluz da gracia á la copla, que es aprobada por la multitud con un murmullo.

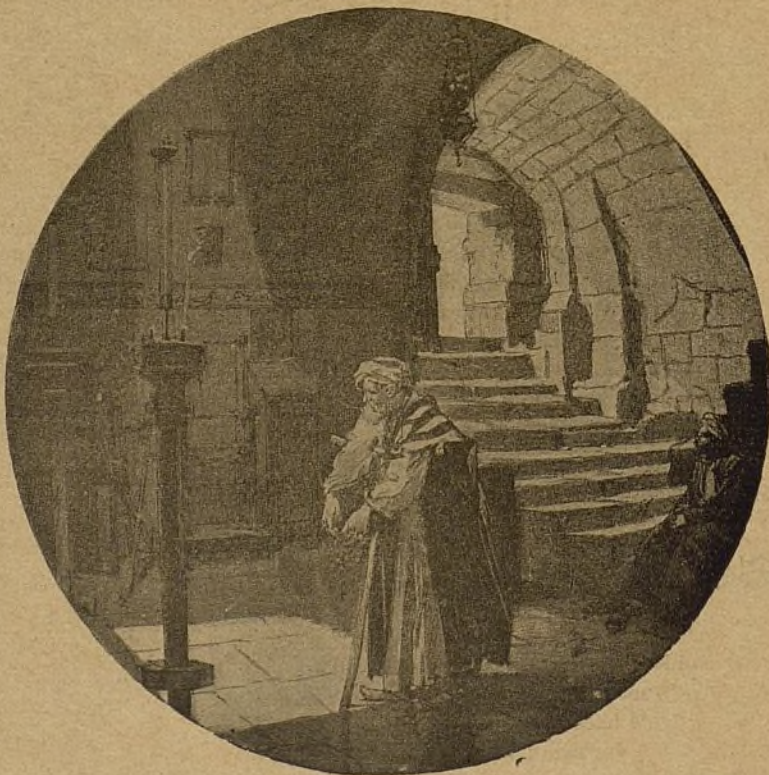
La nube de incienso acaricia otra vez la dulce y bella faz de la santa imagen, cuya marcha prosigue en hombros de los cofrades.

La procesión avanza interminable; al final de ella, unos penitentes vestidos de nazareno caminan descalzos; una mujer va detrás, velado el rostro, á pesar de lo cual parece adivinarse que tras el velo hay un rostro pálido y macilento. El cabello suelto cubre su espalda, y bajo el morado hábito de penitenta enseña al andar sus pies desnudos; no se sabe si es joven ó anciana; aunque su cabello es negro y no va encorvada, su andar lento hace dudar; quizá ruega á Dios que vuelva su hijo, que pelea allá en lejanas tierras; acaso ofrez-

ca la penitencia que hace para borrar pasadas culpas. ¡Quién sabe!

La procesión sigue avanzando con lentitud; el sordo murmullo de la gente continúa; allá adelante, al principio de la procesión, se ve disiparse en el espacio el humo del perfumado incienso, y se escucha, al perderse en el aire, las últimas notas de una saeta que entona una voz robusta, llena de poesía y de cadencia.

*Manuel F. Fernández.*



**Interior de la gruta de los pastores, en Palestina.**





MATER DOLOROSA



# MUERTE DE JESÚS

## I

ALLÁ al Norte de Jerusalén, entre los muros de la ciudad y los valles de Cedrón y de Hinnon, encima de Birket-Mamilla, se levanta una meseta desigual y árida, conocida con el nombre de *Gólgota*; en ella pagaban el tributo de su vida los infames, los condenados por la ley al suplicio ignominioso de la cruz, los salteadores, todos aquéllos, en fin, á quienes los romanos no los encontraban dignos de entregar su cuello á la cuchilla.

La cruz con sus torturas, con su odioso aparato, con sus crueles costumbres, nacidas en el cerebro de los grandes conquistadores, era algo más que la muerte instantánea. Tarda en caer la vida, libaba el suplicio en desesperante lucha.

El Hijo de María, el Nazareno criado en las tierras de Nazaret, entre las brisas del Carmelo y las alturas del Sidrem, el que soñó con la redención del mundo y llevó sus ideas á la Judea, entregada por completo á las teorías nacidas en Grecia, sobre la inmortalidad del alma, creyendo cercana la restauración de la casa de David y el triunfo de la teocracia y del culto de Jehová, el que llegó á Jerusalén cercado por los entusiasmos de un pueblo que cubría la tierra de flores y bendecía al enviado de Dios, fué juzgado y condenado por el Sabendrin al infamante suplicio del madero.

Triste, á la par que hermosa, es la leyenda de Pasión, empezada en el huerto de Gethsemani y concluida en el Calvario.

Es imposible seguir paso á paso al Maestro desde que, retirado á Caná, llegó hasta Jericó, á las orillas del Jordán, para recibir de Juan, el anacoreta de vida tan opuesta al espíritu del antiguo pueblo judío, la ceremonia del bautizo.

Dejémosle en sus peregrinaciones, explicando á los galileos su doctrina; acercándose más tarde á Cafarnahum; haciendo de los pescadores del lago de Tiberiade sus oyentes más predilectos y aun sus discípulos; sentando en el espíritu de todas sus bienaventuranzas; concediendo el reinado de Dios á los pobres; buscando relaciones con los gentiles ó samaritanos, é ideando más tarde sus primeras tentativas sobre la ciudad de Jerusalén.

El día de hoy, el más grande que marca la historia de la Humanidad, empieza en la casa de Anás y termina con la debilidad del procurador Pilatos.

Torturado en casa de Anás, víctima del escarnio en la de Caifás, coronado de espinas y sujeto al castigo de la flagelación en casa de Pilatos, no inspiró compasión al pueblo judío, ansioso de su sangre hasta el extremo de negarse á la petición de

Pilatos, que pedía la conmutación de su pena con motivo de la fiesta de Pascua, concediéndosela á Jesús Bar Rabbás.

Proceso vergonzoso, triste, infame, que manchó para siempre la frente de aquel imperio.

Caminó Jesús con el madero al hombro; cayó en las angostas y torcidas calles de Jerusalén; vió á su madre en la triste procesión iniciada en el Pretorio; aceptó la ayuda del Cirineo; recomendó á la Verónica que llorase por la suerte del pueblo judío; cayó por segunda y tercera vez; presenció el sorteo de sus vestidos, y clavado en la cruz perdonó á sus verdugos y encomendó al Padre el espíritu del que caído cumplía con la santa misión de redimir al mundo con su sangre.

Caída la cabeza sobre el pecho, la boca entreabierta, significando la suprema angustia, la mirada idealizando la infinita misericordia, manchado de sangre, así se adora hoy en los altares, así evocará siempre una plegaria.

## II

Prescindamos ahora de la grandiosa epopeya ocurrida hace diecinueve siglos; hagamos caso omiso de las novísimas tendencias del protestantismo; olvidémoslo todo para dirigir nuestras miradas al poema que trazan las mujeres cristianas, ébrias de amor y vida con la *Semana de Pasión*.

A semejanza de la mujer de Magdala, perdonada por Jesús, las nuestras lucen hoy sus vestidos de raso más hermosos; la fe no puede vencer la coquetería, el recuerdo de la amargura porque pasó Cristo no basta á borrar en los ojos el deseo.

No; no es así como se debe conmemorar la memoria del Justo.

Búsquense en buena hora placideces y lucimientos en otras partes, pero no lleguen nunca, ya que así lo hemos aceptado, hasta la iglesia vestida de luto, para evitar esos esbozos de poema que señalan la ciudad corrompida, marcando con el agua bendita la señal de la cruz en la frente

y volviendo la cara como señal de agrado al pretendiente, que dominado por la actualidad, baja la cabeza sin otro pensamiento que agradar á la mujer anhelada.

No es ese el tributo que se debe pagar al que con su sangre escribió la doctrina más grande que hemos conocido.

Sin pretender inculcar teorías ó doctrinas en cerebros rebeldes á ellas, cabe el exigir que se acepten como son ó que se supriman esos alardes de cristiandad que provocan al espíritu más santo al descreimiento.

Y es, que esta sociedad, ahita de materialismo, olvida el pasado, pero busca en él motivo ó lugar para desarrollar sus corrientes modernistas, haciendo gala de una doctrina que no ha llegado á estudiar, predicando unas ideas que no ha llegado á comprender. ¡Pobre Jesús!

Todo lo grande que ha sido la página de tu vida, necesitaba la humanidad para no olvidarse de tí.



El angel de la muerte.



El más excéptico ha encontrado en tu vida algo que no ha sabido definir al tratar de darle forma humana; el crédulo ha cerrado los ojos para abrazar las teorías sin discutir las, de una forma u otra, noble iniciador de la más sublime doctrina, al concluir tu obra fundaste tu divinidad y derecho lograste para reinar allí donde la inteligencia humana se estrella y la ciencia vuelve los ojos convencida de la *pequeñez* de su grandeza.

Antonio Paso.



## A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que, velando  
la excelsa majestad en nube ardiente,  
fulminaste en Siná? Y el impío bando  
que eleva contra tí la osada frente,  
¿Es que oyó medroso  
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas hora abandonado,  
¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo  
alzas gimiendo el rostro lastimado;  
cubre tus bellos ojos mortal velo,  
y su luz extinguida  
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,  
amor más poderoso que la muerte;  
por él de la maldad sufre la pena  
el Dios de las Virtudes, y león fuerte  
le ofrece al golpe fiero  
bajo el bellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa  
ante siglos de siglos degollada!  
Aún no ahuyentó la noche pavorosa  
por ver primera el alba nacarada,  
y hostia del amor tierno  
moriste en los brazos del Eterno.

¡Ay! ¡Quién podrá mirarte,  
oh paz, ó gloria del culpado mundo!  
¿Qué pecho empedernido no se parte  
al golpe acerbo del dolor profundo,  
viendo que en la delicia  
del gran Jehová descarga la justicia?

¿Quién abrió los raudales  
de esas sangrientas llagas, amor mío?  
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío  
á tu frente divina  
cintó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;  
al santo perdonad, muera el malvado;  
si sois de un justo Dios ministros fieles,  
caiga la dura pena en el culpado.  
Si la impiedad os guía  
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas, ¡ay!, que eres tú sólo  
la víctima de paz que el hombre espera;  
si del Oriente al escondido polo  
un mar de sangre criminal corriera,  
ante Dios irritado  
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo  
su cólera en diluvios descendía,  
y á la maldad que dominaba el suelo  
y á las malvadas gentes envolvía,  
de la diestra potente  
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre  
de lo montes el agua vengadora;  
el sol, amortecida la alta lumbre  
que el firmamento rápido colora,

por la esfera sombría  
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado  
de su semblante descogió el Eterno;  
mas ya, Dios de venganza, tu Hijo amado,  
domador de la muerte y del Averno,  
tu cólera infinita  
extinguir en su sangre solicita...

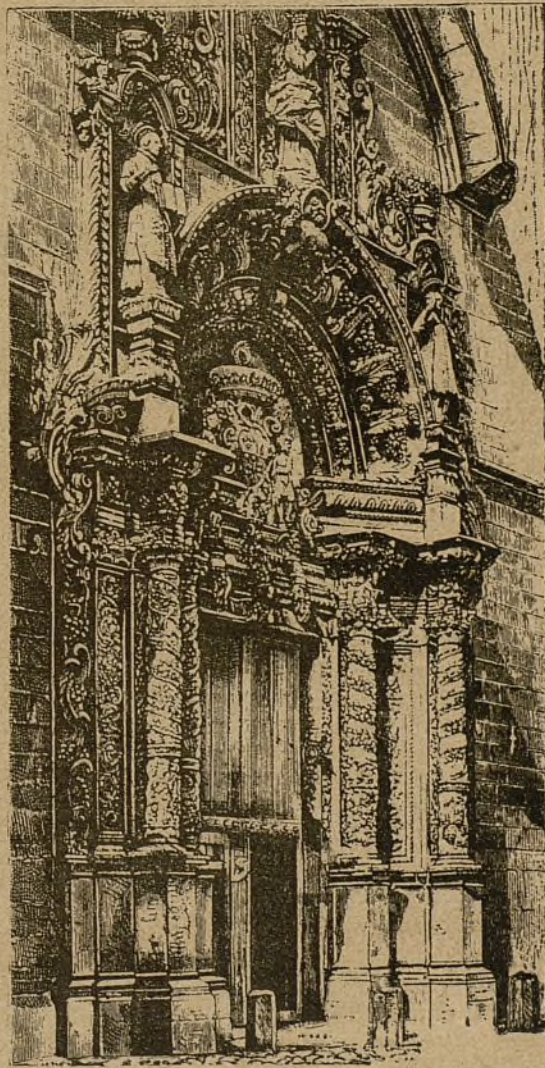
¿Oyes, oyes cual clama:  
*Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?*  
Señor, extingue la funesta llama  
que en tu furor al mundo derramaste.  
De la acerba venganza  
que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga  
el rayo entre las manos del Potente,  
ya de la muerte la tiniebla vaga  
por el semblante de Jesús doliente,  
y su triste gemido  
oye el Dios de las iras complacido?

Ven, ángel de la muerte,  
esgrime, esgrime la fulmínea espada,  
y el último suspiro del Dios fuerte  
que la humana maldad deja expiada,  
suba al solio sagrado  
do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ¡oh tierral,  
rompe, ¡oh templo!, tu velo moribundo;  
yace el Criador, mas la maldad aterra,  
y un grito de furor lanza el profundo.  
*Muere...* Gemid, humanos;  
todos en él pusisteis vuestras manos.

Alberto Lista.



ROMA.—Puerta del templo de S. Francisco.



## JERUSALEN

Aquella singular aridez me impresionaba extrañamente. Así como el inmenso sudario de la campiña romana prepara el alma al acercarse á la antigua Señora del Mundo, estas montañas de Judea, sin grandes rocas, sin nada imponente, *sin efectos*, pero con su monótona desolación, con un no sé qué triste, semejante á una existencia sin goces, en la que no pudiera haber cambio, predisponen el ánimo maravillosamente para llegar á la ciudad única á la que á un tiempo se aplican los nombres de *Santa Deicida*.

Así llegamos hasta un valle profundo encajonado entre montes llenos de vegetación y arboleda, y cruzamos por un puente de piedra el lecho del torrente que hay en el fondo. Es el valle del Terebinto, donde David, con una de las piedras que, hoy como entonces, cubren el fondo del estrecho valle, mató á Goliath y dió el triunfo á Israel.

Descansamos un rato en un parador que hay poco antes de llegar al puente. Pasado aquel sitio, volvimos á encontrarnos en áridas y pedregosas colinas iguales á las anteriores.

Deseaba yo más y más saltar de la incómoda carroza y seguir á pié, porque no en todos los que iban en ella parecían hacer la misma impresión aquellos lugares, y la compañía y la conversación en tales momentos me atormentaban tanto, que cuando llegó un punto en que por la aspereza de la cuesta hubimos de bajarnos, retirándome á solas á subir por la trocha, y siguiendo después á pié largo rato, sentí inexplicable bienestar.

No olvidaré jamás aquella hora de camino, la única que hice como debiera hacerse todo; la única que no teniendo nadie al lado, no fui solo. Me rodeaba una compañía innumerable, que murmurando á mi oído mil palabras solemnes, me hacía sentir lo que en aquel momento debía sentirse.

*Ecce ascendimus Jerusalem... In domum Domini ibimus*, decían aquellas voces y como si esas palabras estuvieran preñadas de sentidos, percibía en ellas la realización de todo el deseo pasado, la pérdida irrevocable de la niñez, de la juventud, de toda la vida, para la que este día había sido como una meta lejana y casi intangible; en ellas entendía una secreta y enérgica amonestación relacionada con las más ocultas enfermedades del corazón y del espíritu; en ellas el consuelo soberano de una singular confianza; como si pronunciadas y oídas al subir los montes de Judea hubieran de tener eco infalible para ser oídas subien-

do de otro modo á otra Jerusalem que no es de piedra y tierra.

*Ecce ascendimus Jerusalem!... In domum Domini ibimus!*... me parecía oír á tantas voces que en estos mismos sitios lo habían repetido: el fogoso y austero Jerónimo, la noble y santa descendiente de los Gracos, la suave Eustoquia, la muchedumbre pia que dejando á Roma los siguió á Jerusalem, las huestes de los Cruzados, tantos y tantos en la serie de los siglos, que, ya oprimidos por las duras angustias de la vida, ya estimulados por un amor ardiente, habían venido por este mismo camino diciendo esas palabras y sintiendo como yo el impaciente deseo de ver aparecer los muros santos...

¡Qué largo se hace aquel camino aquella hora y media, en que á cada vuelta, detrás de cada colina, de un momento á otro, parece que ha de escapársele á uno el grito de los guerreros del Tasso.

*Gierusalem, Gierusalem siscorge!*  
*Gierusalem, Gierusalem si vede!*

Me proponían seguir á pié hasta descubrirla. A cada vuelta del camino, detrás de cada una de las redondeadas colinas que aparecía al final, esperaba ver aparecer la larga línea sus murallas y sobre ellas las cúpulas del Santo Sepulcro y de la mezquita edificada en el recinto del templo; anhelaba el momento en que aquella primera aparición obligara al peregrino á doblar las rodillas para saludar de lejos á la hija de Sion. Pero repetíanse las vueltas del camino, pasaban las colinas y solo se veía más camino, otras colinas. Las carrozas, aunque habían dado un gran rodeo, llegaron á alcanzarme, fué forzosa subir á ellas, porque según decía el conductor, aún estaba lejos Jerusalem y no convenía que me quedara atrás. Subí, y acomodándome de modo que pudiera ver bien el camino, no apartaba mi vista del punto por donde la ciudad había de aparecer.

Ya debía estar próxima, y su proximidad empezó á anunciarse de una manera inesperada, y para mí terrible.

De cuando en cuando, y cada vez con más frecuencia, una casa moderna con techo puntiagudo cubierto de teja, ni más ni menos que las que pueden verse en las cercanías de Pinto ó Valdemoro, se levantaba al lado del camino. Algunas casi eran pequeños *chalets*, ante los que las palabras del salmo se helaban en la boca.

—¡Qué lástima! pensé yo; esto se una profanación. ¡Tan cerca de los muros!

De pronto, allá en el punto en que estos debían verse, aparece la aguda flecha de la torre de una iglesia moderna, y poco después otros remates del mismo género, y las líneas rectas de algunos edifi-

cios, primos hermanos del cuartel de la Montaña del Principe Pio.

—Hum!..., dije, y dirigiéndome al conductor: ¡Aquello?...

Hizo un signo afirmativo con la cabeza, diciendo:—*Yerusalem*.

No dije los versos del Tasso que hubieran sido ridículos, ni tampoco las palabras del salmo.

Nos acercamos más. Las casas, de aspecto europeo, se multiplican y llegan á unirse, formando al fin, mezcladas con aquellos cuartelillos, una calle que me traía á las mientes las de Bailén y la Carolina, por donde antiguamente entraban las diligencias de Andalucía á Madrid.

Aquella calle daba ya señales evidentes de arrabal de una población importante: muestras en italiano y en francés, indicando la venta de cervezas y de cigarros; establecimientos de comestibles, de telas, modistas (la muestra de una de estas, saliente de modo que se presentaba de frente al transeunte, tenía pintados los consabidos figurines con *polison* y el *cacramental Modes*, no recuerdo bien *si de París*...) Por aquella calle, alguna carroza como las nuestras; algún camello; algunas pobres mujeres de las que habíamos visto tantas por el camino, vestidas con su túnica azul y llevando cargas de leña; viniendo de la ciudad, figuras de traje extraño, nada oriental; hombres con largos capotes de mangas y gorras guarnecidas con pieles; mujeres con traje semejante al europeo y con las caras descubiertas; gentes todas que más me parecían rusos ó polacos que orientales; todo ello, á mi parecer, vulgar, feo, sin carácter.

¡Qué lástima! Ahora que conozco á Jerusalem, se que solo por aquel punto está profanada de este modo; que intacta por todos los demás, sus largos muros, solomónicos aún en ciertas partes, romanos en otras, de los Cruzados en muchas, alzándose entre centenares de piedras sepulcrales, ofrecen un aspecto solemne; que todas sus otras puertas se abren solitarias entre ruinas, y que no es posible entrar por ellas sin un doloroso respeto. No es por el camino de Jaffa por donde debe llegar el que con el alma busca á Jerusalén: por la parte opuesta, viniendo de Bet-hania, desde el Monte Olivete se le presentará la Ciudad Santa con tal aspecto, con tal sello de religiosa tristeza, que no le será posible al verla dejar de arrodillarse en el polvo y orar.

ANGEL BARCIA.

(Viaje á tierra santa.)

Imp. y lib. de Merino.—LOGROÑO.